

### *Presentación*

La literatura en América Latina desde el comienzo mismo de los diversos proyectos de país post-independentistas hasta aproximadamente los años setenta del siglo XX habría estado ligada, por una parte, a la circulación de estéticas promovidas desde los grandes centros de la modernidad europea occidental y, por otra, a discusiones, inquietudes y problemáticas de carácter regional y continental. La idea de la literatura como discurso de alta elaboración simbólica y con un rol central desde el punto de vista cultural fue una idea de marca internacional que tuvo extraordinaria fortuna en América Latina al vincularse con las diversas visiones sobre la construcción y destino de las naciones emergentes en el siglo XIX. Esta vinculación explica que las políticas culturales del Estado en América Latina hayan tenido singular importancia en la difusión de la literatura como expresión y construcción de perspectivas específicas sobre lo “nacional”, lo “regional” y lo “universal”, tres conceptos que atrajeron la atención de los críticos literarios, especialmente en la primera mitad del siglo XX.

A partir de los años sesenta del siglo pasado, la influencia social de los medios de comunicación de masas desde el punto de vista cultural comienza a redefinir paulatinamente las agendas político-ideológicas de los Estados. Para los liderazgos de diverso signo, el discurso literario sería entonces una producción de cierto prestigio para minorías, como siempre lo fue, pero cuyo efecto en vastos sectores de la población no guardaría proporción con la importancia que se le había concedido en los proyectos nacionales del siglo XIX y de la primera mitad del siglo XX. El último gran momento político de la literatura en América Latina sería en los años sesenta del siglo pasado, cuando formó parte de las polémicas en torno al papel del intelectual en las sociedades de aquella época, conmovidas por diversos procesos históricos, entre ellos la revolución cubana. A partir de aquí, somos testigos del repliegue de la literatura pues las discusiones estéticas van perdiendo su lugar en los debates políticos y son sustituidas por las polémicas en torno a los medios de comunicación y las industrias culturales.

Pareciera entonces que el mercado y las editoriales privadas podrían ser una alternativa en vista del progresivo desinterés de los Estados en la literatura desde la perspectiva de las políticas culturales. Pero, paradójicamente, en

la era de la globalización vista como el más hondo y radical proceso de internacionalización, interconexión e interdependencia de toda la historia de la humanidad, los escritores(as) del continente están, en su mayoría, encerrados en sus fronteras, lo que aumenta la influencia y las ventas de aquellos autores que tienen la posibilidad de participar en los circuitos de difusión de los grandes consorcios editoriales. Una de las vías posibles para esta participación la plantea Anadeli Bencomo en “La lógica de los premios literarios: políticas culturales, prestigios literarios y disciplinas de lectura en la época de la literatura transnacional”. Bencomo analiza el peso específico de los premios como orientaciones para la lectura tomando en consideración, tal como se explicita en el resumen del artículo, “la crisis del modelo de los Estados como promotores de culturas nacionales, las alternativas frente al apogeo de la literatura comercial (*bestsellers*) y sus mecanismos de promoción, y el rol del lector académico y crítico ante las propuestas metodológicas y culturales de la literatura mundial”. En esta misma orientación, el artículo de Rafael Gutiérrez Giraldo, “Ficciones literarias latinoamericanas en la época de las multinacionales del libro”, hace una aproximación crítica al impacto del mercado transnacional literario, deteniéndose en el llamado “Boom” literario latinoamericano en los años sesenta del siglo XX y en el presente, reflexión que se enmarca en las transformaciones que han sufrido los criterios de valoración estética en América Latina desde el siglo XIX hasta hoy. A modo de conclusión propone que el Estado debe asumir un rol más activo a través de políticas culturales que fomenten la “literatura culta”.

Pero, ¿sigue teniendo sentido promover desde la crítica literaria y desde las políticas culturales estatales este tipo de producción simbólica? Para Jeffrey Cedeño en “C#m#p#o m#i#n#a#d#o. Cultura, mercado y propiedad en el fin de siglo latinoamericano”, la articulación de la literatura y las artes plásticas con las dinámicas del mercado y la propiedad, no impide la posibilidad de analizar su impacto simbólico desde la perspectiva de las dinámicas identitarias que son capaces de movilizar política e ideológicamente a los receptores, a veces a contrapelo de los intereses mismos de los Estados. En este orden de ideas, y desde una perspectiva más escéptica, Vicente Lecuna, en “Diversidad cultural y desigualdad social: la tolerancia como política cultural de la globalización”, pone en duda que una política cultural basada en el reconocimiento y la tolerancia de la diversidad cultural e identitaria sea plena-

mente democrática. A pesar de que el estudio de Lecuna no se refiere a las políticas culturales relacionadas con la literatura, interesa su propuesta dentro de este debate, dado que plantea que existe la posibilidad de que la tolerancia sea el disfraz de una indiferencia desconocedora de que detrás de las diferencias culturales están las diferencias de clase.

Respecto al tema de la relación entre literatura, políticas culturales y globalización, es preciso ventilar una interrogante fundamental: ¿frente a los efectos perversos de esta última, desde el punto de vista de la exclusión económica, la alternativa sería apelar al expediente del Estado monopolizador de los poderes, entre éstos el poder cultural? Gisela Kozak Rovero en “Políticas culturales y hegemonía en la revolución bolivariana: ‘ética y estética socialistas’” realiza una primera aproximación a cómo la gestión cultural del libro y la literatura se convierten en instrumentos de creación de una nueva hegemonía política de carácter excluyente, so pretexto de satisfacer demandas culturales supuestamente dejadas de lado por la democracia anterior a la revolución bolivariana. La alternativa “estatista” es puesta en duda también por Raquel Rivas Rojas en “Inventario de ausencias y parodias de heroísmo: políticas culturales en tiempos de dictadura”. Rivas analiza cómo la literatura a través de la exploración de procesos propios de la memoria colectiva puede ofrecer una política cultural alternativa en el contexto de gobiernos autoritarios que promueven identidades forzadas. Tal es el caso del dictador venezolano Marcos Pérez Jiménez cuyo gobierno planteó un concepto de nación e identidad excluyentes, fundados, como indica la autora, en un “catálogo folklorista”. El estado autoritario podría entonces producir efectos culturales, sociales y económicos tan devastadores como el cuestionario recetario neoliberal de la pasada década de los noventa. Cerramos con esta apreciación la presentación de este *dossier*, que sólo intenta, por supuesto, abrir algunas interrogantes y perspectivas sobre el tema propuesto.

Gisela Kozak Rovero (coordinadora)